

nuevo aliento con que subir de nuevo. Ni corresponden ménos á la inmensidad de la basílica las imágenes que pululan sobre vosotros: ángeles desmesurados, cabezas de querubines monstruosas, alas grandes como velas de navío, larguísimos vuelos de vaporosos mantos. La impresion que deja esta Catedral es enteramente religiosa, pero no tranquila; es aquel sentimiento que lleva el espíritu á los espacios sin término y á los silencios profundos en que se anegaba el alma de Leopardi; un sentimiento lleno de deseo y de ardor; la sacudida voluptuosa que se experimenta al borde de un abismo; la turbacion y el desórden de las grandes ideas; el divino terror del infinito.

Así como es la Catedral más variada de España, porque conserva trazas de la arquitectura gótica, germánica, greco-romana, árabe y plateresca, es también la más rica y más privilegiada. En los tiempos del gran poder del clero quemábanse allí cada año veinte mil libras de cera; se celebraban diariamente sobre ochenta altares, quinientas misas; el vino que se consumia en el Santo Sacrificio elevábase á la increíble cantidad de diez y ocho mil setecientos cincuenta litros. Los canónigos tenían servidumbre de monarcas; iban á la iglesia en magníficas carrozas tiradas de soberbios caballos, y hacíanse abanicar por otros clérigos, mientras celebraban la misa, con abanicos enormes adornados de plumas y de perlas: derecho que les fué concedido por el Papa, y del cual se aprovechan algunos todavía. De las fiestas de Semana Santa no hay para

qué hablar, porque aún son famosas en el mundo, y corre á ellas gente de todas partes de Europa.

Pero el privilegio más curioso de la Catedral de Sevilla es la llamada *danza de los seises*, que se baila todas las tardes, al oscurecer, durante ocho dias consecutivos, despues de la fiesta del Córpus. Como estaba en Sevilla aquellos dias, fuí á verla, y me parece cosa digna de ser descrita. Juzgando por lo que llevaba oido de antemano, creí que debiera ser una payasada escandalosa, y penetré en la iglesia con el ánimo dispuesto á un sentimiento de desden por la profanacion del lugar sagrado. Estaba el templo á oscuras; sólo la capilla mayor iluminada: multitud de mujeres, de hinojos, llenaban el espacio entre la capilla y el coro. A derecha é izquierda del altar habia sacerdotes sentados, y delante de las gradas una extensa alfombra: dos filas de muchachos desde ocho á doce años, vestidos de caballeros españoles de la Edad Media, con sombrero de plumas y calzas blancas, aguardaban una enfrente de otra, á vista del altar. Dió la señal un sacerdote, y suave música de violines rompió el silencio profundo de la iglesia: moviéronse entónces los dos grupos de muchachos con paso de contradanza, y comenzaron á dividirse, á cruzarse, á diseminarse y reunirse nuevamente con mil giros graciosísimos; luego prorumpieron todos juntos en un canto armonioso y gentil, que en la oscuridad de la vasta Catedral resonaba como un coro de ángeles, y finalmente se pusieron á acompañar la danza y el canto con las castañuelas. Ninguna ceremonia religiosa

me ha conmovido tanto como ésta. Es imposible expresar el efecto que producen aquellas vocecitas bajo aquella inmensa techumbre; aquellas criaturas á los piés de aquel altar enorme; aquel traje antiguo, aquella multitud prosternada, y en derredor aquellas tinieblas. Salí de la iglesia con el alma serena como si hubiera rezado.

Contáronme á propósito de este baile una anécdota asaz curiosa. Dos siglos hace que un obispo de Sevilla á quien parecia que con la danza y las castañuelas no se loaba muy dignamente al Señor, quiso prohibir la ceremonia. Nació de aquí un alboroto, indignóse el pueblo, alzaron el gallo los canónigos, y el prelado se vió en la necesidad de acudir con su causa al Papa. Curioso el Papa, quiso ver él mismo aquel baile, para juzgar con conocimiento de la verdad. Llevaron á Roma los muchachos vestidos de caballeros, y admitidos en el Vaticano, danzaron y cantaron delante de Su Santidad. Hubo Su Santidad de reirse, no halló qué desaprobar, y queriendo dar un golpe en el aro y otro en la cuba, ó sea contentar á los canónigos sin descontentar al arzobispo, dispuso que pudieran continuar bailando los muchachos mientras no se les inutilizase aquel vestido que entónces llevaban, despues de lo cual habia de quedar abolida la ceremonia. Rióse el arzobispo bajo sus bigotes, si los tenia, y rieron tambien los canónigos, como quien habia encontrado manera de dársela en las barbas al arzobispo y al Papa. Con efecto, renovaron cada año una parte del vestido, por manera que no se pudiera decir que

todo él estaba estropeado; y el arzobispo, que como hombre escrupuloso tomaba al pié de la letra las órdenes del Papa, no pudo oponerse á la repetición de la ceremonia. Así continuó el baile, y se baila y se bailará mientras plazca al buen Dios y á los canónigos.

Estando para salir de la iglesia, hizome seña un sacristan para indicarme cierta losa del pavimento, donde leí una inscripcion conmovedora. Bajo aquella piedra están los huesos de Fernando Colon, hijo de Cristóbal, nacido en Córdoba, muerto en Sevilla el 12 de Julio de 1536, á la edad de cincuenta años. Bajo la inscripcion se leen algunos dísticos latinos del siguiente significado:

«¡Qué importa que haya regado con mi sudor el universo entero; que haya corrido tres veces el mundo descubierto por mi padre; que haya hermo-seado las riberas del tranquilo Betis, y preferido mis gustos sencillos á las riquezas, para reunir en torno de tí las divinidades de las fuentes de Castalia, y ofrecerte los tesoros recogidos por Tolomeo, si tú, pasando en silencio sobre esta piedra, no tienes siquiera un saludo para mi padre, y para mí un leve recuerdo!»

El sacristan, que sabia de la cosa más que yo, me explicó esta inscripcion. Don Fernando de Colon fué de muy jóven paje de Isabel la Católica y del príncipe don Juan; viajó por Indias con su padre y su hermano, el almirante D. Diego; siguió al emperador Carlos V en sus guerras; hizo otros viajes por Asia, por Africa y América, y en todas partes recogió con

infinitos gastos y cuidados libros preciosísimos, de los cuales compuso una biblioteca que luego de su muerte pasó á manos del Capítulo de la Catedral, y todavía se conserva allí con el título famoso de Biblioteca Colombina. El mismo escribió poco ántes de morir los dísticos latinos que se leen sobre la piedra de su tumba, y manifestó el deseo de gozar sepultura dentro de la Catedral. En los últimos instantes de su vida hizo que le llevaran un vaso lleno de ceniza, se la esparció por el rostro pronunciando las palabras de la Sagrada Escritura: *Memento homo quia pulvis es*; entonó el *Te Deum*, sonrió y espiró con la serenidad de un santo. Apoderóse de mí en seguida el deseo de visitar la biblioteca y salí de la iglesia.

Un cicerone me detuvo en el umbral para preguntarme si habia visto el patio de los Naranjos, y habiéndole respondido que no, me condujo á él. El patio de los Naranjos está á poniente de la Catedral y lo ciñe un gran muro almenado. En medio se alza una fuente rodeada de un bosquecillo de naranjos, y en uno de los lados, junto al muro, un púlpito de mármol, donde es fama que predicó S. Vicente Ferrer. Sobre este patio se alzaba la antigua mezquita, que muchos suponen construida á fines del siglo XII. No quedan trazas de ella. A la sombra de los naranjos, sobre el borde de la fuente, van á tomar el fresco los buenos sevillanos en las siestas ardientes del estío; y para recordar el voluptuoso paraíso de Mahoma no queda más que la graciosa verdura y el aire embalsamado, y de cuando en cuando alguna linda muchacha que os asesta sus grandes ojos pa-

sando ligeramente por entre los árboles lejanos.

La famosa Giralda de la Catedral de Sevilla es una antigua torre árabe, construida según se dice el año mil, con arreglo al plan del arquitecto Gaver, inventor del álgebra. Modificada en la parte superior después de la reconquista, y reducida así á campanario cristiano, es siempre árabe en el aspecto, y parece más orgullosa del estandarte derribado de los vencidos, que de la cruz que le han impuesto los vencedores. Es un monumento que produce sensaciones nuevas; que hace sonreír; desmesurado é imponente como las pirámides egipcias, y alegre y gentil á la vez como un kiosco de jardín. Es una torre de ladrillos, cuadrada, de bellissimo color de rosa, desnuda hasta cierta altura, y en adelante adornada de dobles ventanillas moriscas esparcidas aquí y allá como al acaso y provistas de balconcillos que hacen bellissimo efecto. En donde antiguamente reposaba un techo de variados colores, rematado por un asta de hierro con cuatro bolas doradas en su extremidad superior, ahora se alza el campanario cristiano de tres pisos: el primero ocupado por las campanas, el segundo ceñido por una balaustrada, y el tercero formado por una especie de cúpula, en la cual gira, como una veleta, colosal estatua de bronce dorado que representa la Fé: la estatua tiene en una mano una palma, y en la otra un estandarte visible á larga distancia de Sevilla; y cuando cae sobre ella el sol centellea á la manera de un enorme rubí prendido en la corona de un rey titánico que señorease todo el valle andaluz con la mirada.

Subí hasta lo más alto, y quedé allí indemnizado de la fatiga que el subir me costara. Sevilla, toda blanca como una ciudad de mármol, rodeada de un cinturón de jardines, bosques y alamedas, en medio de una campiña sembrada de caseríos, se extiende á la vista en toda la pompa de su belleza oriental. El Guadalquivir cuajado de naves la atraviesa y abraza con anchísima curva. Aquí dibuja la torre del Oro sus graciosas formas sobre las aguas azules del río; allí ostenta el Alcázar sus severas torres; más allá se alzan desde los jardines de Montpensier enormes masas de verdura sobre los tejados de las casas; la vista penetra en la Plaza de toros, en los jardines de las plazas, en los patios de las casas, en los claústros de las iglesias, en todas las calles que vienen á desembocar alrededor de la catedral; á lo lejos se descubren los lugares de Santi-Ponce, Algaba y otros que blanquean en la falda de las colinas; á la derecha del Guadalquivir el gran barrio de Triana; por un extremo del horizonte asoman las crestas de Sierra Morena; por el opuesto otros montes variados con infinitas tintas azules; y sobre este maravilloso panorama, el cielo más puro, más trasparente, más encantador que haya sonreído nunca á las miradas del hombre.

Fuí luego á visitar la Biblioteca Colombina, que está en un edificio antiguo, junto al patio de los Naranjos. Después de haber visto una colección de misales, biblias y manuscritos preciosos, uno de estos atribuido á D. Alonso el Sabio, titulado: *El Libro del Tesoro*, y escrito con diligentísimo cuidado

en la vieja lengua castellana, ví,—dejadme repetirlo, —ví,—yo—con mis propios ojos humedecidos, y opri- miendo una mano sobre mi corazon que latia fuerte- mente, ví un libro, un tratado de cosmografía y as- tronomía, en latin, con las márgenes cubiertas de notas escritas de mano de Cristóbal Colon. Habia él estudiado aquel libro cuando agitaba en su mente el gran designio, habia velado sobre aquellas pá- ginas, las habia tocado acaso su divina frente en aquellas vigili- as fatigosas, se habia inclinado al- guna vez con cansado abandono sobre aquellos per- gaminos, y los habia bañado con su sudor. Es un pensamiento que conmueve. Pero hay más todavía. Ví un escrito de manos de Colon, en el cual están recogidas todas las profecias de los antiguos escri- tores sagrados y profanos acerca del descubrimiento de un nuevo mundo; escrito de que se sirvió segun parece para inducir á los soberanos de España á que le proporcionasen medios de tentar su empresa. Hay entre otros un pasaje de la *Medea* de Séneca, que dice: *Venient annis sæcula seris, quibus oceanus vincu- la rerum laxet, et ingens pateat tellus*. En el volúmen de Séneca, que se encuentra tambien en la Biblioteca Colombina, ví junto al pasaje citado una anotacion de don Fernando que dice así:—Esta profecia la ha cumplido mi padre, el almirante Cristóbal Colon, en el año 1492.—Los ojos se me preñaron de lágri- mas; hubiera querido estar solo para besar aquellos libros, para causarme á fuerza de revolverlos en las manos, para poder arrancarles un pequeño frag- mento y llevarlo conmigo como una cosa sagrada.

Cristóbal Colon! He visto sus caracteres! He tocado las hojas que habia tocado él! Le he sentido cerca de mí! Al salir de la Biblioteca, no sé.... me habría arrojado entre las llamas para salvar á un niño; me habria despojado para socorrer á un pobre; habria hecho gustoso cualquier gran sacrificio...

Despues de la Biblioteca, el Alcázar. Pero antes de llegar al Alcázar, bien que se encuentre en la misma plaza de la Catedral, sentí por primera vez lo que es el sol de Andalucía. Sevilla es la ciudad más calurosa de España, aquella la hora más calurosa del dia, y yo estaba en el sitio más caluroso de la ciudad; bajaba de lo alto un océano de luz; no habia puerta ó ventana abierta, ni un alma por las calles; si me hubiesen dicho que Sevilla estaba deshabitada hubiera podido creerlo. Atravesé la plaza lentamente con los ojos entornados, el rostro contraido, el sudor que me chorreaba por las mejillas y por el pecho, y las manos que me parecia haberlas metido en agua caliente. Cerca del Alcázar hallé un puesto de aguador, y me fuí á él con la precipitacion de un hombre que huye de una lluvia de pedradas. Así que hube recobrado un poco de aliento, fuí al Alcázar.

El Alcázar, antiguo palacio de los reyes moros, es uno de los monumentos españoles mejor conservados. Visto desde fuera parece una fortaleza, porque lo cercan altas tapias, torres almenadas, y viejas casas que forman delante de la fachada dos patios es-

paciosos. La fachada es desnuda y severa como las demás partes exteriores del edificio. La puerta tiene arabescos dorados y pintados, y entre ellos una inscripción gótica que declara la época en que el rey D. Pedro mandó restaurar el Alcázar. Aunque éste sea un palacio árabe, es más bien obra de los reyes cristianos que de los reyes moros. Fundado no se sabe precisamente en qué año, lo reconstruyó Abdelaziz hácia fines del siglo XII; San Fernando lo conquistó á mediados del XIII; D. Pedro lo rehizo en el siglo siguiente; lo habitaron luego más ó ménos tiempo todos los reyes de Castilla; y finalmente, lo escogió Cárlos V para celebrar allí su matrimonio con la infanta de Portugal. El Alcázar fué testigo de los amoríos y de los crímenes de tres dinastías de reyes: cada una de sus piedras despierta un recuerdo y esconde un secreto.

Se entra, se atraviesan dos ó tres salas que no tienen de árabe más que el techo y algunos mosaicos al pié de las paredes, y se dá en un patio donde el asombro nos detiene de repente. A lo largo de los cuatro lados se extiende un pórtico de arcos elegantísimos, sostenido por columnillas de mármol unidas de dos en dos: arcos, paredes y ventanas están cubiertos de esculturas, mosaicos, arabescos intrincadísimos y delicados, aquí perforados como velos de encaje, en otra parte espesos y seguidos como tapetes respunteados, en otras salientes y colgantes como ramilletes y guirnaldas de flores: fuera de los mosaicos de mil matices, todo blanco, nítido y luciente como el marfil. En los cuatro lados hay otras

tantas puertas que conducen á los aposentos reales: del asombro se pasa al encanto. Todo lo más rico, lo más variado, lo más espléndido que puede soñar la más ardiente fantasía en el más ardiente sueño, lo tienen y encierran aquellas estancias. Desde el pavimento á la bóveda, en derredor de las puertas, á lo largo de las ventanas, en los ángulos más apartados, en cualquier parte á donde se mire, aparece un hormiguelo tal de ornamentos de oro y piedras preciosas, una red tan espesa de arabescos y de inscripciones, una profusion tan maravillosa de dibujos y de colores, que apenas se han dado veinte pasos está ya uno aturdido y confuso, y los ojos vagan de aquí para allá fatigados, buscando un palmo de pared desnuda en que descansar y refugiarse. En una de estas salas enseñan los porteros una mancha rojiza que cubre buen trozo del piso, y dicen poco más ó ménos con voz solemne:

—Esta es la señal de la sangre de D. Fadrique, gran maestro de la órden de Santiago, muerto aquí mismo el año 1538, de órden del rey D. Pedro, su hermano.

Recuerdo que cuando oí aquellas palabras miré al portero con aire de desconfianza, y que el buen hombre me contestó secamente:

—Caballero, si yo le dijese á V. que me creyera bajo mi palabra, tendria V. razon para dudar de eso; pero cuando puede ver la cosa por sus propios ojos, quizá me equivocaré; pero..... creo. ...

—Si, sí,—me apresuré á responder,—sí, es sangre, lo creo, lo veo, no hablemos más del asunto.

Verdad es que si se puede bromear sobre la mancha de sangre, no así sobre la tradición del delito. El aspecto del lugar reaviva en la mente todos sus más horrendos pormenores. Por las anchas salas doradas parece sentirse el paso de D. Fadrique, seguido de los ballesteros armados de mazas; el palacio está sumido en tinieblas; no se oye otro rumor que el de los verdugos y la víctima; D. Fadrique procura llegar al patio, Lopez de Padilla lo sujeta. D. Fadrique se desembaraza, está ya en el patio, empuña la espada..... maldición! la cruz de la empuñadura se enreda en el manto de Santiago, acuden los ballesteros, no tiene tiempo para desenvainar la hoja, huye á tientas, Fernandez de Roa lo alcanza y lo derriba con un golpe de maza, caen sobre él los demás, hieren á su vez, D. Fadrique espira en un lago de sangre.....

Pero este triste recuerdo se pierde entre las mil imágenes de la vida deliciosa de los reyes árabes. Aquellas ventanillas gentiles, á las cuales parece que se asomará de un momento á otro el rostro lánguido de una odalisca; aquellas puertas secretas, donde os deteneis sin quererlo, como si hubiérais sentido el roce de una túnica; aquellos dormitorios de los Sultanes, sumergidos en oscuridad misteriosa, bajo cuyos techos se antoja oír mezclados en uno solo los gemidos amorosos de todas las doncellas que allí perdieron la flor de su virginidad; aquella variedad prodigiosa de colores y dibujos, que á semejanza de una incitante y siempre variada sinfonía eleva vuestros sentidos á no sé que fantásticos la-

berintos; aquella arquitectura delicada y ligerísima, toda columnillas que parecen brazos de mujeres, arcos caprichosos, pequeños aposentos, bóvedas cargadas de adornos que cuelgan en forma de estalactitas, de carámbanos y racimos, todo os enciende el deseo de sentaros en una de aquellas estancias, y estaros allí oprimiendo sobre el corazón una preciosa cabeza morena de andaluza que os haga olvidar el mundo y el tiempo, y con prolongadísimo beso que os absorba la vida, os adormezca para siempre.

En el primer piso, el salón más hermoso es el de los Embajadores, formado por cuatro grandes arcos que sostienen una galería de cuarenta y cuatro arcos menores, y en lo alto linda cúpula esculpida, pintada y recamada con gracia inimitable y lujo fabuloso. En el piso superior, donde estaban los aposentos de invierno, no queda ya más que un oratorio de Fernando V é Isabel la Católica, y una pequeña estancia que se dice ser la alcoba del Rey D. Pedro. De aquí se baja por una escalera estrecha y misteriosa á las habitaciones que ocupaba la famosa doña María de Padilla, favorita de D. Pedro, á quien la tradición popular acusa de haber aconsejado al rey el fratricidio.

Los jardines del Alcázar no son muy vastos ni extraordinariamente bellos; pero los recuerdos que despiertan valen mucho más que la extensión y la belleza. A la sombra de aquellos naranjos y de aquellos cipreses, al murmullo de aquellas fuentes, cuando brillaba en el purísimo cielo andaluz la luna clara y grande, y el numeroso cortejo de los caballe-

ros y los esclavos dormía ya, cuántos largos suspiros de ardientes sultanas! cuántas humildes palabras de reyes altivos! qué tremendos amores y qué incabables abrazos!—Itimad! amor mio!—murmuraba yo, pensando en la famosa amante del rey Al-Motamid, y girando de sendero en sendero como si persiguiera su fantasma;—Itimad! No me dejes solo en este tranquilo paraíso! Detente! Conságrame todavía una hora de la felicidad de esta noche... Te acuerdas? Viniste hácia mí, y tu rica cabellera cayó sobre mis espaldas como un manto; y al modo que el guerrero empuña su espada, estreché yo tu cuello más mórbido y más blanco que el del cisne. Qué hermosa estabas! Cómo extinguió su sed mi corazón ansioso dentro tu boca de color de sangre! ¡Tu hermoso cuerpo salió de las recamadas vestiduras como el acero limpio y centelleante de la vaina, y entonces oprimí con ambas manos tus anchas caderas y tu talle sutil y toda la perfeccion de tu belleza! Cuán grata eres, Itimad! Tu beso es dulce como el vino, y tu mirada, como el vino tambien, arrebató y confundió de la razon.

En tanto que hacia yo así mi declaracion amorosa con frases é imágenes robadas á los poetas árabes, y justamente cuando entraba por un sendero flanqueado de flores, sentí de pronto que saltaba debajo de mí un chorro de agua; doy un brinco hácia atrás, y recibo otro chorro en la cara; me vuelvo á la derecha, otro en el cuello; me vuelvo á la izquierda, otro en la nuca; echo á correr, agua por debajo, por los lados, por todas partes, de modo que en pocos

momentos me sentí bañado como si hubiera caído en una tinaja. Abria la boca para gritar, cuando cesando todo de repente, oigo una sonora carcajada que salia del fondo del jardin; me vuelvo, y veo á un jovenzuelo apoyado en una tapia que me miraba como con aire de preguntar:—Le ha gustado á V.? —Al salir me enseñó el resorte que habia tocado para darme aquella broma, y me tranquilizó asegurándome que el sol de Andalucía no me dejaria mucho tiempo en aquel estado de esponja empapada, al cual acababa de pasar tan bruscamente, infeliz de mí! desde los brazos amorosos de mi sultana.

A pesar de las voluptuosas imágenes que habia suscitado en mi mente el Alcázar, estuve á la noche bastante tranquilo para considerar la belleza de las sevillanas sin necesidad de buscar despues refugio en los brazos del cónsul. No creo que existan en ningun país mujeres más á propósito que las andaluzas para inspirar la idea de un raptó. No sólo porque infunden la pasion que aconseja hacer tonterias, sino porque verdaderamente paracen formadas para cogerlas, liarlas y esconderlas, segun son pequeñas, ligeras, redonditas, elásticas y mórbidas. Sus piececitos entrarian ambos cómodamente en un bolsillo del gaban; las podriais levantar por la cintura como las muñecas con una mano; doblarlas como una vara de junco con un dedo. A su belleza natural unen aquel arte de andar y mirar que vuelve el cerebro. Se deslizan, escapan, casi ondean: en nada más que un momento, pasando á vuestro lado,

os enseñan el pié, os hacen admirar el brazo, ponen en evidencia la cintura, muestran dos filas de dientes blanquísimos, y os lanzan una mirada larga y velada que se fija y muere en la vuestra; luego siguen adelante con aire de triunfo, seguras de haberos revuelto la sangre.

Para tener idea de la hermosura de las mujeres del pueblo y su manera de vestir, fuí al día siguiente á la fábrica de tabacos, que es una de las mayores y cuenta no menos de cinco mil operarias. El edificio está enfrente de los jardines de Montpensier, y las operarias se hallan casi todas en tres salas grandísimas, dividida cada una por otras tantas filas de columnas. La primera impresion es soberbia: á un mismo tiempo aparecen á la vista ochocientas mujeres sentadas alrededor de las mesas de trabajo; las que están léjos ya confusas, y las últimas apenas visibles. Son todas jóvenes; pocas niñas: ochocientas cabelleras negrísimas y ochocientos rostros morenos de las varias provincias andaluzas, desde Jaen á Cádiz y desde Granada á Sevilla. Se oye un estrépito como el de una plaza llena de pueblo. De la puerta de entrada á la puerta de salida, en las tres salas, están llenas las paredes de sayas, de mantillas, pañuelos y bandas; y, cosa curiosísima: todo aquel conjunto de trapos, que bastaría para llenar cien tiendas de traperos, ofrece dos colores dominantes, ambos continuos, uno sobre otro, como los colores de una larguísima bandera: el negro de las mantillas encima, y el rojo de las sayas debajo. Parece ver una inmensa tienda de máscaras, ó una sala de baile en que

las bailarinas hayan colgado á la pared, con objeto de estar más libres, todo lo que no es estrictamente necesario para salvar el pudor. Las muchachas vuelven á ponerse aquellos vestidos ántes de salir; para trabajar visten una ropa más ordinaria, pero igualmente blanca ó colorada. Como el calor es insoponible, se alijeran todas lo más posible; por manera que entre aquellas cinco mil apenas habrá unas cincuenta de quienes el visitante no logre contemplar á su antojo el brazo y las espaldas: esto sin hacer cuenta de los casos extraordinarios que se ofrecen de improviso al pasar de una sala á otra, detrás de las puertas y de las columnas, y en los rincones más lejanos. Hay caras lindísimas, y aún las que no lo son tienen algo que solicita las miradas y se imprime en la memoria: el color, los ojos, las cejas, la sonrisa. Muchas, especialmente las *gitanas*, son de un moreno oscuro como las mulatas, y tienen lábios hinchados; otras, ojos tan grandes, que su retrato fiel parecería una exageracion monstruosa; la mayor parte son pequeñas y bien formadas, y casi todas llevan una rosa, ó un clavel, ó un ramo de flores en las trenzas. Se les paga en razon del trabajo que hacen: las más hábiles ganan hasta tres pesetas al día; las holgazanas duermen con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza echada sobre los brazos; las madres trabajan columpiando una pierna, á la cual está unida por una cuerda la cuna de sus hijos. De la sala de los *puros* se pasa á la de los *pitillos*; de la de los *pitillos* á la de *picadura*; y por todas partes se ven sayas de color vivo, trenzas ne-

gras y ojazos inmensos. Cuántas historias de amor, de celos, de abandono y miserias encierra cualquiera de aquellas salas! Al salir de la fábrica parece ver por todas partes durante largo rato pupilas negras que os miran con mil expresiones de curiosidad, de enojo, de simpatía, de alegría, de tristeza, de sueño.

El mismo día fuí á ver el Musco de Pintura. No posee gran número de cuadros; pero aquellos pocos valen lo que un gran museo. Hay en él obras de Murillo, y entre éstas el inmortal *San Antonio de Pádua*, que tiene fama de ser la más divinamente inspirada de sus creaciones, y una de las mayores maravillas del génio humano. Visité aquel Musco con el señor don Gonzalo Segovia, uno de los más ilustres jóvenes de Sevilla, y quisiera que ahora estuviere él aquí, junto á mi mesa, para que declarase con una notita firmada de su mano, que en el momento en que fijé la vista sobre el cuadro, le cogí de un brazo y dejé escapar un grito.

Sólo una vez en vida mia he experimentado sensaciones que puedan compararse á la que me produjo esta imágen. Era una noche hermosa de verano; estaba el cielo cuajado de estrellas, y la vasta campiña que se recogía con una mirada desde el lugar eminente en que me encontraba, yacía en profunda quietud. A mi lado se sentaba una de las más nobles criaturas que haya visto hasta hoy en el mundo. Pocas horas ántes habíamos leído algunas páginas de un libro de Humboldt. Mirábamos al cielo, y hablábamos del movimiento de la tierra, de las mi-

riadas de mundos, del infinito, con aquel tono tranquilo semejante al de una voz lejana, que toma espontáneamente la nuestra cuando se habla de tales cosas de noche y en lugar silencioso. Callamos entrambos en un cierto punto, y cada uno se abandonó á su fantasía con los ojos fijos en el cielo. No sé por qué orden de pensamientos llegué á donde llegué; no sé qué misterioso movimiento de afectos se verificó en mi corazón; no sé qué cosa habia dicho ó entrevisto ó soñado; sé que de repente me pareció como si se rompiese un velo ante mis ojos; sentí dentro del alma seguridad infinita de lo que hasta entónces habia más bien deseado que creído; mi corazón se dilató en un sentimiento de alegría suprema, de dulzura angélica, de esperanza inmensa; preñáronseme los ojos de lágrimas ardientes, y estrechando la mano amiga que buscaba la mia, grité desde lo más profundo de mi pecho:—Es verdad! Es verdad! Es verdad!—y rompí á llorar como un niño.

A la vista del *San Antonio de Pádua* experimenté de nuevo todas las emociones de aquella noche. El Santo está arrodillado en medio de su celda; el niño Jesus, cubierto de una luz amarilla y vaporosa, solicitado por la fuerza de la oracion, desciende entre sus brazos; San Antonio, arrebatado en éxtasis, se lanza con todo su cuerpo y toda su alma hácia él, echada atrás la radiante cabeza, en un espasmo de sobrehumana voluptuosidad. Pocos minutos de contemplar este cuadro me cansaron tanto como si hubiera recorrido un museo, y me tuvieron estreme-

cido todo el tiempo que permanecí en la sala. Después ví otros de Murillo: una *Concepcion*, un *San Francisco que abraza á Cristo*, otra *Vision de San Antonio*, y varios que no son ménos de veinte, entre ellos la encantadora y famosa *Virgen de la Servilleta*, pintada por Murillo sobre una servilleta verdadera, en el convento de Capuchinos de Sevilla, para satisfacer un deseo del iego que le servia. Es una de sus creaciones más delicadas, y derramó en ella toda la mágia de sus inimitables colores; pero ninguno de estos cuadros, que, sin embargo, son objeto de asombro para todos los artistas del mundo, apartó mi pensamiento y mi corazon de aquel divino San Antonio.

Hay además en el Museo cuadros de los dos Hererras, de Pacheco, de Alonso Cano, de Pablo de Céspedes, de Valdés, del Mulato, que fué siervo de Murillo é imitó habilmente su manera; y en fin, el famoso gran cuadro *La Apoteosis de Santo Tomás de Aquino*, de Francisco Zurbarán, uno de los artistas más eminentes del siglo XVII, llamado el Caravaggio español, acaso superior á éste en la verdad y el sentimiento moral, naturalista potente, colorista vigoroso, inimitable en la representacion de monjes austeros, de santos macerados, de ermitaños pensativos, de sacerdotes terribles, y poeta insuperable de la penitencia, de la soledad y la meditacion.

Después de enseñarme el Museo de Pintura, me llevó el Sr. D. Gonzalo Segovia por una red de callejones á la calle de Francos, que es de las principales

de la ciudad, y deteniéndose delante de una pequeña tienda de paños, me dijo sonriendo:

—Mire V. No le hace á V. pensar nada esta tienda?

—Si le digo á V. la verdad, nada.

—Vea V. el número.

—Ya lo veo; el 15. Y qué?

—Torpe!—exclamó entónces mi amable cicerone:

«Numero quindici,
A mano manca.»

—La tienda del *Barbero de Sevilla!*—grité.

—Justamente,—respondió él;—la tienda del Barbero de Sevilla. Pero tenga V. cuidado si habla de ella en Italia de no hacer ningun juramento, porque las tradiciones son á menudo engañosas, y yo no quisiera cargar con la responsabilidad de una afirmacion histórica tan importante.

En aquel momento se asomó á la puerta el tendero, y adivinando por qué nos habíamos detenido allí, se echó á reir, y nos dijo:

—No está.

Rogué despues de esto á mi amigo que me enseñase un patio: uno de aquellos patios encantadores que me hacian soñar tantas delicias.

—Quiero ver al ménos uno,—le dije;—penetrar en esos misterios, tocar las paredes, asegurarme de que son cosas verdaderas.

Mi deseo quedó satisfecho en seguida. Entramos en el patio de un amigo suyo; el señor Segovia manifestó al criado el objeto de nuestra visita, y nos

quedamos solos. La casa no tenía más que un piso, y el patio no era más espacioso que una sala comun; pero todo de mármol y flores, un salto de agua en medio, alrededor cuadros y estátuas, y entre techo y techo un toldo que resguardaba del sol. Había en uno de los rincones un velador de costura, y por aquí y allá sillas y banquetas en que acaso descansaban momentos ántes los piés de alguna andaluza que entonces nos estaria mirando desde una persiana. Observé minuciosamente cosa por cosa, como hubiera hecho en un lugar abandonado por las hadas; sentéme, cerré los ojos, y me hice la ilusion de ser el amo de la casa; me levanté despues; metí una mano en el agua de la fuente, palpé una columnilla, me asomé á la puerta, cogí una flor, paseé la vista por las ventanas, reí, dejé escapar un suspiro, y dije:

—Qué felices deben de ser los que viven aquí!

Oí en aquel momento una carcajada, y volviéndome hácia el lugar de donde salia, ví brillar detrás de una persiana dos ojuelos negros que en seguida desaparecieron.

—Verdaderamente,—añadí,—no creía que en esta tierra se pudiese vivir aún de una manera tan poética. Y pensar que gozais de estas cosas toda la vida y que á pesar de eso os quedan ganas para devanaros los sesos con la política!

El señor Segovia me explicó los secretos de la casa.

—Todos estos muebles,—me dijo,—estos cuadros, estas macetas, desaparecen de aquí al acercarse el otoño, y suben otra vez al primer piso, que es la ha-

bitacion de invierno y de primavera. Cuando vuelve el verano, camas, armarios, mesas, sillas y todo vuelven al piso bajo; y aquí duerme la familia, aquí come, aquí recibe las visitas y trabaja, en medio de las flores y de los mármoles, al murmullo de la fuente. Durante la noche se dejan las puertas abiertas; de modo que desde el interior de las alcobas se ve el patio iluminado por la luna, y se percibe el olor de las rosas.

—Oh! basta, basta, señor Segovia,—exclamé.—Tenga V. compasion de los extranjeros.

Y riendo ambos de todas veras, salimos de allí para visitar la famosa *Casa de Pilatos*.

Al atravesar una callejuela solitaria, ví en el escaparate de una quincallería un surtido de cuchillos tan desmedidamente anchos, largos y extravagantes, que se apoderó de mí el deseo de comprar uno. Entré, me alinearon no ménos de veinte bajo los ojos, y pedí que me los fueran abriendo uno tras otro. A cada momento daba un paso hácia atrás. No creo que se pueda imaginar arma de aspecto tan bárbaro y horrible como ésta. De un mango de metal, ó de laton, ó de cuerno, algo corvo, y labrado de modo que deja ver pedazos de laton de varios colores, salta fuera, produciendo un ruido semejante al de las carracas, una hoja ancha como la palma de la mano, larga dos cuartas, aguda como un puñal, de la forma de un pez, con incisiones pintadas de encarnado que parecen rayas de sangre coagulada, y letreros amenazadores y feroces. En una decia:—*No me abras sin razon, ni me cierres sin honor*; en otra:—*Donde toco,*